

NOVELA DEL CLAN

LASOMBRA

RICHARD E. DANSKY



VAMPIRO
LA MASCARADA

Lucita, asesina vampírica y chiquilla renegada del traicionero Cardenal Monçada, está a la caza de un arzobispo del Sabbat, un líder de la guerra que está librando la secta en la Costa Este. Si tiene éxito, sus misteriosos patronos la recompensarán muy generosamente. Si falla... bueno, pero Lucita nunca falla.

El templario del Sabbat Talley, un terrible asesino y protector jurado de los arzobispos, tiene el deber de interceptarla... pero no sabe cuál de sus protegidos es el objetivo. Monçada ordena a Talley que descubra quién ha contratado los servicios de Lucita y que detenga a la chiquilla pródiga sin hacerle daño. Es una tarea imposible... pero Talley nunca falla.

Dos de los más despiadados y eficaces monstruos jamás engendrados por el clan de las sombras están a punto de enfrentarse en una danza de sangre y muerte. Alguien está a punto de conocer la derrota...

**PRIMERA PARTE:
«MINUÉ»**

Viernes, 16 de julio de 1999, 22:04 h^[1]

Two Logan Square, Filadelfia, Pensilvania

Morty no entendió realmente el significado de la expresión «golpe carnosos» hasta el último segundo de su existencia, y tampoco le sirvió de mucho. Después de todo, el golpe en cuestión fue el de su propio cuerpo al chocar con el hormigón salpicado de hierbajos de la acera, y la carne... bueno, cuanto menos se dijera de aquella parte, tanto mejor.

Desde treinta y siete pisos más arriba, Lucita miraba desapasionadamente sobre el borde del edificio, su largo pelo negro agitándose en la brisa. El viento movía también sus sueltas mangas y perneras, pero con menos eficacia, y el frío del aire no conseguía alterar su piel bronceada. Hubo un tiempo en el que un viento como aquél hubiese hecho aflorar lágrimas a sus ojos, pero ya había pasado. Contempló el dibujo que las inmortales tripas de Morty habían dejado sobre el suelo y chasqueó la lengua. Sucio, demasiado sucio. Se volvía chapucera con la edad.

Morty sólo había sido un calentamiento, ni siquiera un encargo. Sencillamente se había cruzado en su camino un año o dos antes, la última vez que ella había estado en Filadelfia, y se había mostrado profundamente molesto. Lucila se enorgullecía de mantener la calma en aquellos tiempos (su sire, que Satán tostase su alma fofa y tiñosa, siempre había hablado de su temperamento como algo que algún día podría matarla), pero seguía habiendo unas cuantas formas de provocar a la única chiquilla del temido Monçada.

Una de ellas era llamarla «muñequita», «morrito dulce» o alguna otra «galantería».

Otra era intentar un magreo rápido, aunque sólo Dios sabía por qué un vampiro iba a sentir la necesidad.

Y una tercera era recurrir a groseros insultos alusivos al origen étnico de Lucita.

Morty se había anotado tres sobre tres en treinta segundos, lo que tenía que ser alguna especie de récord. Como resultado, había sido reclasificado, pasando de la lista de «imbéciles que pueden ser ignorados» a la de «práctica».

Dos noches atrás, Lucita había aceptado un nuevo encargo. El vástago con el que había hecho el trato era del tipo callado, y parecía encontrar todo el asunto amargamente desagradable. Pero se había mostrado cortés y profesional, y Lucita no había visto razón para rechazar la oferta: el precio era correcto, el margen de tiempo asequible... y estaba empezando a aburrirse.

Pero había pasado algo de tiempo desde el último encargo de aquel calibre, y no se hubiese encontrado a gusto zambulléndose de inmediato. Se había sentido oxidada y mal preparada. Se había sentido como si... necesitase práctica.

Y allí estaba Morty Tres Dedos, uno de los hijos de puta más duros que jamás hubiesen dirigido una manada por las calles de Filadelfia, convertido en una mancha de sangre sobre la acera ante una cervecería.

Lucita suspiró y se cruzó de brazos, más por la preocupación que como forma de protegerse del frío. Tal y como iban los calentamientos, ocuparse de Morty apenas había valido la pena. Estaba tras una presa mayor, más poderosa, más inteligente y seguramente con más probabilidades de conocer su *modus operandi* que un matón callejero.

—Éste —dijo sin dirigirse a nadie en particular— podría ser un verdadero trabajo.

Sin echar una mirada hacia atrás, abrió la puerta de la escalera y se internó en las sombras, en su camino para de-

jar atrás la ciudad.

El tiempo de jugar, como Morty, había llegado a su fin.
Tenía trabajo que hacer.

Sábado, 17 de julio de 1999, 22:12 h
Hotel presidencial, Washington, D. C.

Sascha Vykos estaba sentada al borde de la impecable cama de su suite, contemplando con irritación una carta escrita a mano. La misiva había estado esperándola aquella noche al salir ella de su refugio. Antiguamente, el Hotel Presidencial había albergado a Marcus Vitel, depuesto Príncipe de Washington D.C., pero tras su huida y la confirmación de Vykos como arzobispo, había parecido natural que ella usurpase el hogar de Vitel tal y como había usurpado su dominio. Vykos mantenía también una suite en el Hyatt Regency Capitol Hill, que, incongruentemente, había tomado el Sabbath como cuartel general de campaña en la capital de la nación, lo mejor para ocuparse de asuntos escabrosos sobre la marcha; pero siempre que era posible, Vykos pasaba el día durmiendo en las habitaciones de Vitel. Como mínimo, era más seguro. Después de todo, aparte de sus ghouls y guardaespaldas personales, nadie sabía concretamente dónde tenía su refugio. En teoría.

Aquello hacía que la presencia de un sobre color crema con un lacre de cera burdeos fuese una sorpresa poco grata. Ninguno de sus atentos ghouls había visto entrar a nadie durante el día o a primera hora de la noche, pero la carta estaba en su puerta, delicadamente colocada, sin una mota de polvo. Vykos sabía quién había enviado el mensaje. Pero se suponía que aquel tipo de mensajes debía llegar a algún buzón previamente acordado. Desde luego, su re-

fugio no era uno de aquellos buzones, lo que sólo podía significar malas noticias.

La nota procedía de su fuente en la Camarilla, e iba firmada «Lucius» como de costumbre, por razones que quizá hubiesen muerto con César en el Foro. De hecho, el breve mensaje no daba buenas noticias: comunicaba que la conferencia en Baltimore de antiguos de la Camarilla había sido reforzada por los poderes fácticos del Viejo Continente. Concretamente, Ash, Vitel *et alia* habían recibido a Jan Pieterzoon, un Ventrue de cierta reputación como estratega y manipulador. Vykos estaba bastante familiarizada con la obra de Pieterzoon, si no con el hombre mismo: aunque no representaba la amenaza que podía suponer un miembro del Círculo Interior o alguno de sus perros falderos, era bastante poderoso.

El resto de la carta era menos electrizante, detallando las reacciones de los diversos miembros de la conferencia ante la inminente llegada de Pieterzoon. Había la dosis habitual en la Camarilla de puñaladas por la espalda y nobles declaraciones de autosacrificio, pero la versión resumida era que la mayor parte de los delegados estaban divididos entre el resentimiento por tener que compartir el mérito en caso de que triunfasen y el secreto alivio por aquella ayuda tan necesaria.

Con un suspiro, Vykos volvió a meter la carta en el sobre. Fue entonces cuando observó que el anillo de sello utilizado sobre el lacre había dejado una marca con la reveladora forma del *ankh* de la Camarilla. Era un detalle bastante bufo, y no lo que ella hubiese esperado de «Lucius». O el espía había desarrollado un cierto sentido del humor, o aquello era un recordatorio de que sus andanzas eran conocidas, y de que aquel conocimiento podía ser transmitido a otros en cualquier momento. Era terrible e innecesariamente complicado, pero tras pensarlo un poco, Vykos comprendió que casi todos los Cainitas que igualaban o superaban su edad eran sencillamente incapaces de actuar

de otra forma. Los simples y directos sufrían muertes simples y directas: sólo los traicioneros y escurridizos sobrevivían.

Tirando la carta al suelo distraídamente, Vykos suspiró de nuevo. La llegada de Pieterzoon era, por decirlo suavemente, una complicación inesperada. Frunció el ceño, cruzó las piernas y las descruzó al momento, y finalmente tuvo que reconocer su inquietud. Aquello no le haría ningún bien, no con el consejo de guerra a punto de empezar para seguir con sus así llamadas deliberaciones.

Repentinamente impaciente, dio dos palmadas. La puerta de la suite se abrió para dejar paso a uno de sus ghouls, un hombre delgado y de buena presencia, con un rostro anguloso adornado por una rala barba rojiza.

—¿Sí, ama?

—Kevin, necesito que hagas una llamada telefónica.

—¿Una llamada, ama? —El rostro y la voz del ghoul mostraron su sorpresa—. Por supuesto. ¿A quién debo llamar, y con qué objeto?

—Me llamarás a mí, y lo harás cuando las circunstancias lo requieran.

Kevin seguía pareciendo confuso, y Vykos se preguntó si hacía bien al confiarle incluso una tarea tan sencilla. Aunque el ghoul no mostraba indicios de desobediencia activa, los de eficiencia eran también muy escasos.

La Tzimisce suspiró. Aunque Kevin no comprendiera lo que debía hacer, o por qué debía hacerlo, su expresión hubiese debido ser de fascinada atención, reflejando una cierta fe en que todo lo que le ordenase ella tendría su adecuada explicación. La confusión, vista desde aquella perspectiva, era una manifestación de desconfianza, y la desconfianza era una forma de deslealtad.

Decidió que debía hacer algo para asegurarse de que la expresión de Kevin no volviese a importunarla, en caso de que el ghoul siguiese sus instrucciones correctamente. Délo

contrario, expresaría su disgusto de forma más enfática y permanente.

Y entonces le dijo a Kevin lo que necesitaba que hiciese, y cuándo, y por qué, y contempló cómo la luz de la comprensión iluminaba su rostro. Pensó que quizá fuera una de las cosas más irritantes que había visto jamás.

—Por supuesto, ama —dijo el ghoul, inclinándose y retrocediendo hasta salir de la estancia.

Quizá le costase a Vykos unos tres segundos decidir que, independientemente de lo bien que cumpliera Kevin con su tarea, no vería la mañana siguiente.

La vida, incluso la vida eterna, era demasiado corta para aguantar aquel tipo de cosas.

Y en el conducto de ventilación, algo que parecía casi igual que un gato arqueó el lomo, se dio la vuelta y desapareció.

Viernes, 16 de julio de 1999, 22:48 h (hora local)
Iglesia de San Nicolás de los Servitas, Madrid, España

El corazón de la iglesia era una estancia enorme y casi vacía con el suelo de piedra. Un hombro gordo sentado en un sencillo taburete de madera contemplaba un tablero de ajedrez. Varias piezas blancas, unos cuantos peones y un alfil, habían sido eliminadas del juego. Lo mismo había ocurrido con unos pocos peones negros, pero aquello era todo. El bando blanco había enrocado y estaba concentrándose en establecer una defensa sólida, mientras que el negro estaba a la ofensiva pero parecía extrañamente desorganizado, y uno de sus caballos se encontraba en peligro.

—Parece una posición difícil.

El Cardenal Ambrosio Luis de Monçada alzó la mirada del tablero, con una beatífica sonrisa en el rostro.

—Ah, Sir Talley. Me alegra verte, hijo mío. ¿Te encuentras bien? ¿Has tenido un buen viaje? ¿Te has alimentado?

Talley, como se hacía llamar el templario, asintió a cada una de las preguntas de su anfitrión.

—Vuestra hospitalidad, Eminencia, es como siempre impecable.

El recién llegado dejó reposar su largo cuerpo sobre el taburete opuesto al de Monçada. Talley era huesudo y anguloso, con el rostro de un sabueso que acabase de ver al zorro desvanecerse para siempre. Aunque tenía el pelo blanco, sus facciones no le hacían aparentar más de treinta años. Las manos eran su rasgo más destacables: largas y esbeltas, con el dedo anular de cada una más largo que el

corazón. En sus días de vida, había sido acusado en una ocasión de ser un hombre lobo a causa de aquella particularidad; tras haber tratado con diversos lupinos a lo largo de los años, encontraba aquello divertido. Llevaba un traje gris oscuro, obviamente confeccionado a mano por alguien que sabía cómo acentuar las limpias líneas de aquel depredador humano.

En contraste, Monçada vestía una sencilla sotana de sacerdote, y sandalias que resonaban sobre el suelo cuando daba golpecitos con el pie, meditando su siguiente jugada.

—Por desgracia, don Ibrahim, mi oponente en esta partida, es del tipo tozudo que luchará hasta el último furioso peoncito —dijo levantando la mirada con cara de burlona preocupación—. ¡Y tú te sientas en su sitio! En verdad, hijo mío, creí que estarías a mi lado en este asunto.

Talley se puso en pie e inclinó la cabeza.

—Perdonadme. Por supuesto, volveré a vuestro lado de inmediato, y pediré humildes disculpas por mi traición.

Monçada soltó una risita: fue un ruido húmedo y pesado.

—No, no. Siéntate. Veo que demasiados de los jóvenes de hoy en día tienen una terrible tendencia a quedar atrapados en metáforas ajedrecísticas. Se trata de pereza mental.

Talley no volvió a sentarse, sino que se inclinó para coger la reina negra.

—Mmm... Considerando el tablero, no me sorprende que los pocos privilegiados que lo ven queden un poco agitados. ¿Lucita? —preguntó, indicando la pieza que sostenía.

Monçada alargó una carnosa mano hacia ella.

—Claro está. El juego fue un regalo de Vykos. Creo que él hace un magnífico trabajo. ¿No estás de acuerdo?

—¿Él?

El cardenal se encogió de hombros aparatosamente.

—Él, ella, ello... cambia a capricho. Conocí a Vykos cuando aún conservaba su forma original, y así es como pienso en él. Tiene la cortesía de reasumirla cuando viene de visita.

—Ah. Si es lo mismo, evitaré la cuestión y mantendré esta forma en lo venidero.

Monçada rió, encantado.

—Aprecio mucho tu cortesía, y confío en que mantengas el rostro que mejor encaja con aquel a quien llaman «el Sabueso». —Contempló la pieza y volvió a ponerla en el tablero—. Es una pena que no quisiera posar para la pieza... Ejem —dijo, mirando a Talley—. Te gustaría saber por qué estás aquí, ¿verdad? Aunque disfrute mucho del placer de tu compañía, no es causa suficiente para hacerte venir.

Talley mantuvo su cara de póquer.

—¿Entonces no se trata de una confesión? Me temo que he acumulado una buena lista de pecados en los siglos que han pasado desde que Jeffrey me trajo aquí por primera vez; debo admitir que me he mostrado un poco relajado por lo que se refiere a la iglesia.

—Tendremos que encontrar tiempo para esa cuestión, mi pequeño Sabueso. Tengo fe en que llevarás a cabo la tarea que tengo para ti sin perjuicio alguno, pero no tanta como tengo en otras cosas. Dios es misericordioso, pero sólo si nos ganamos esa misericordia. Y nosotros los que estamos irreparablemente condenados debemos prestar cuidadosa atención al cuidado de nuestra alma. Estamos condenados por una razón en el plan de Dios, pero eso no nos exime de obedecer las leyes que Él nos ha dado.

Talley se removió, incómodo. A diferencia de la mayoría de los arzobispos y cardenales del Sabbat, Monçada había sido un arzobispo en vida, y un pilar de la iglesia en una época en la que la fe era algo palpable. Sorprendentemente, sus creencias no le habían abandonado tras el Abrazo, sino que habían tejido una indescriptible consciencia de su propia condenación. Se trataba de una combinación curio-

sa y potente, y la capacidad de Monçada de usar la fuerza de su fe era una de las razones por las que era tan temido incluso por quienes le servían. Por otra parte, la devoción del cardenal a la secta no ayudaba a tranquilizar a los Cainitas de poca o ninguna fe que tuviese cerca. Era una suerte que Monçada pasase todo su tiempo en el corazón de aquel enorme y laberíntico refugio-catedral. El cardenal no salía al mundo; el mundo, cuando él lo consideraba oportuno, se le acercaba humildemente y con la rodilla en tierra.

Las campanas doblaban en la distancia.

—Bueno, bueno... —dijo de pronto el cardenal—. Confío en que mantengas tu cuerpo lo bastante seguro como para albergar tu alma hasta que vuelvas; entonces te oiremos en confesión. Mientras tanto, hay trabajo que hacer.

Talley asintió. Era casi tan viejo como Monçada, con toda seguridad más rápido y posiblemente más fuerte. Pero el cardenal tenía una presencia, un aura de sabiduría paterna y puro poder que hacía que se sintiese como un niño, un niño mortal, de nuevo. Sentía la necesidad de ganarse la aprobación de Monçada, de buscar refugio y seguridad bajo la benévola mirada del cardenal. Probablemente se trataba de un truco, un efecto secundario de algún poder que el cardenal ni siquiera notaba estar usando, pero el impacto era devastadoramente real.

Pero de acuerdo con Boukephos, el sire del sire del sire de Talley, Monçada había tenido aquel don incluso cuando estaba vivo. El anciano griego decía que había sido el factor determinante de su Abrazo, efectuado a pesar de las protestas de los miembros musulmanes del clan, afiliados al otro bando de la Reconquista. Ahora, aquellos mismos Cainitas buscaban su consejo en asuntos temporales, si no espirituales.

—¿Y cuál es el trabajo que tiene para mí Vuestra Eminencia? —Talley tuvo que hacer un esfuerzo consciente para salir de sus pensamientos sobre el cardenal, y supo que

Monçada había reparado en su distracción—. Soy más eficiente cuando sé lo que se supone que debo hacer.

—Creo que disfrutarás con ello. Es un pequeño cambio de ritmo. Esta vez no tienes que perseguir y matar a nadie, ni ir de acá para allá por todo el mundo.

—¿No tengo que matara nadie? —Talley adoptó un tono de burlona indignación—. ¿Y para qué llamarme a mí, entonces?

—Porque he decidido que es el momento de ampliar tu repertorio, entre otras razones. ¿Qué te parece proteger del asesinato a uno de mis servidores?

—Aburrido, la verdad. ¿Por qué queréis que lo haga?

—Tengo mis motivos —fue la terminante respuesta de Monçada.

Talley frunció el ceño.

—No me gusta. ¿A quién se supone que debo proteger?

—A un arzobispo en nuestra pequeña aventura allí en América. ¿Tengo que explicarte toda la historia?

Las cejas de Talley se alzaron.

—Por favor.

Monçada meneó la cabeza lentamente.

—Por desgracia, no hay mucho que contar, El plan americano se desarrolla bien, aunque el liderazgo de la operación está dividido. Podría decirse que es algo cismático. Hay tres arzobispos, ahora que Vykos ha sido ensalzado, y estoy seguro de que Boukephos te habrá enseñado lo que ocurre con ese tipo de acuerdos para compartir el poder: uno o dos acaban caídos en la cuneta con una daga en las costillas.

—O en la espalda —añadió Talley con abatimiento.

—O en la espalda —asintió Monçada—. Y en este caso, parece que los engranajes ya están en movimiento. Alguien ha decidido eliminar a uno de mis arzobispos. Alguien ha decidido asegurarse bien de ello. Alguien se ha tomado muchas molestias para alquilar los servicios de un asesino